
LA INVITACIÓN A LEER Y A CONVERSAR SOBRE LA LECTURA

THE INVITATION TO READ AND TALK ABOUT THE READING

O CONVITE PARA LER E PARA CONVERSAR SOBRE A LEITURA

Carlos Skliar¹

RESUMEN

La lectura es, existe y ocurre bajo la forma de una doble invitación: invitación a leer e invitación a conversar sobre la lectura; la idea de lectura a la que se hará referencia aquí no proviene de ciertas prácticas y teorías de obligatoriedad ni de utilitarismo, y se establece como una forma de convite que procede desde fuera y desde lejos de uno mismo. Hay un modo peculiar y también decisivo en esta invitación: para decirlo resumidamente consiste en llamar la atención sobre un mundo más allá del nuestro y del de cada uno, degustar el lenguaje por fuera de los mecanismos rápidos de la información y de la opinión, quitarse del sí mismo en una suerte de ejercicio de alteridad, reconcentrarse en tiempos y territorios distintos a los actuales y encontrar otras formas de travesía y de relación con el mundo y con la vida.

PALABRAS-CLAVE: Lectura; Conversación; Alteridad; Educación.

ABSTRACT

Reading is, exists, and happens in the form of a double invitation: an invitation to read and an invitation to talk about the reading; the idea of reading here referred does not depart from certain practices and theories of obligation or utilitarianism, being established as a way of invitation that comes from outside and at a distance from itself. There is a peculiar and also decisive way in this invitation: to be concise, it consists in calling attention to a world beyond ours and from each of us, savoring the language out of fast information and opinion mechanisms, withdrawing from itself in a type of exercise of otherness, focusing on times and territories distinct from the current ones and finding other ways of course and relation with the world and with life.

KEYWORDS: Reading; Conversation; Otherness; Education.

RESUMO

A leitura é, existe e ocorre na forma de um duplo convite: convite para ler e convite para conversar sobre a leitura; a ideia de leitura que aqui será referida não parte de certas práticas e teorias da obrigatoriedade ou do utilitarismo, e se estabelece como uma forma de convite que vem de fora e à distância de si mesmo. Há um modo peculiar e também decisivo neste convite: para ser sucinto, consiste em chamar a atenção para um mundo além do nosso e de cada um, saborear a linguagem fora dos mecanismos rápidos de informação e opinião, retirando-se de si numa espécie de exercício da alteridade, concentrando-se em tempos e territórios diferentes dos atuais e encontrando outras formas de percurso e relação com o mundo e com a vida.

PALAVRAS-CHAVE: Leitura; Conversação; Alteridade; Educação.

¹ Doctorado en Ciencias de la Recuperación Humana (Fonología) - Universidad del Museo Social Argentino. Buenos Aires, Argentina. Investigador Principal - Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (IICSAL/FLACSO-CONICET.) - Argentina. E-mail: skliar@flacso.org.ar

Submitido em: 07/07/2022 - **Aceito em:** 28/02/2023 - **Publicado em:** 31/03/2023

1 INTRODUCCIÓN: LA AMABILIDAD Y LA INVITACIÓN A LA LECTURA

El verbo griego para leer, traducido literalmente, significa algo aproximado a “levantar la vista”, o más exactamente a “darse cuenta mirando hacia arriba”, o bien “reconocer hacia arriba”. Y, como lo dice Peter Handke (1990, p. 7), leer es “una palabra sin forma de imperativo especial, porque es ya una invitación insistente, un llamamiento”.

La invitación sin imperativos que la lectura propone es, de modo sucinto, la de realizar tanto un acto individual –en términos de leer en soledad, del apartarse, de silencio, de refugio, de introspección y del estudio– cuanto una acción colectiva –agregarse, nutrirse juntos, conversar en comunión y comunidad sobre la lectura–. Una actividad que, en su necesaria y deseable confluencia entre lo personal y lo social, entre lo singular y lo plural, puede crear una conversación a la vez íntima y común y siempre inédita, a propósito de qué nos pasa con una obra, qué nos pasa con un libro, qué nos pasa con un texto o un fragmento y qué podría hacerse con todo ello, desde un punto de vista formativo cuando se establecen relaciones duraderas entre la lectura, la vida y el mundo.

¿Cómo sería posible pensar en esta invitación a la lectura a partir de un gesto de amor a la lectura, o de amabilidad, es decir: de lo **amable**, cuando todo en esta época se ha vuelto aceleración, auto-aprendizaje, exitismo, y la educación solo parece juzgar competencias a través de su temible racionalidad evaluadora?

Hay dos momentos en la novela *Stoner* de John Williams (2016), que quizá ayuden a encontrar algunas respuestas al dilema recién esbozado: el primero de ellos tiene que ver con cómo se llega a ser profesor, cómo se llega a enseñar, en un destino que quizá no estaba trazado antes y que de pronto se vuelve puro presente a través de una toma de conciencia de fragilidad; se trata de un momento de perplejidad, de asombro, de incertidumbre en el que Stoner –entonces todavía un alumno– recibe de su profesor una suerte de llamado, de invocación inesperada según la cual se descubre a sí mismo como amante de la lectura y su posible transmisión; y el segundo momento ocurre cuando Stoner ya está por retirarse de su tarea e intenta recorrer su oficio mirando hacia atrás y, así, poder encontrar los motivos por las cuales aquello que ha hecho se relaciona con el arte, con la dignidad del artista, con quien ha mostrado el mundo sin confundirlo con su propio mundo.

Stoner está a punto de ser recibido por su profesor, Sloane, y se percibe en él una mezcla de vergüenza y mudez. Lo que entrará en juego en ese intercambio no es otra cosa que el futuro de Stoner. Ya se conoce su pasado: él es un estudiante que proviene de un medio rural empobrecido y que accede a la universidad como una oportunidad para, una vez recibido, regresar a su hogar y ayudar a su padre en los cultivos. Pero en el camino, Stoner

encuentra la literatura y de ese encuentro nacen una serie de dudas y de afirmaciones: “No volveré”, “no sé qué haré exactamente”, “no me hago a la idea de que acabaré tan pronto, de que dejaré la universidad a final de curso” (WILLIAMS, 2016, p. 12).

Estas son sus palabras, las únicas palabras que puede pronunciar al comienzo de esa conversación: la firmeza del regreso imposible y la incertidumbre de lo que vendrá. Es en esa incertidumbre donde entra Sloane a tallar el mensaje que quisiera dejarle, luego de elogiarlo por sus excelentes notas en literatura inglesa: “Si pudiera mantenerse un año más o menos después de la graduación, podría, estoy seguro, terminar con éxito su trabajo de licenciatura en artes, tras lo cual podría tal vez dar clase mientras trabaja en su doctorado. Si es que esto le interesa” (WILLIAMS, 2016, p. 23). A partir de aquí se citará textualmente:

Stoner se echó hacia atrás. “¿Qué quiere decir?”, le preguntó y escuchó algo parecido al miedo en su voz.

Sloane se inclinó hacia delante, acercando su cara. Stoner veía las líneas de su largo y delgado rostro suavizadas, y oía la voz seca y burlona volverse amable y desprotegida.

“¿Pero no lo sabe, señor Stoner?”, preguntó Sloane, “¿Aún no se comprende a sí mismo? Usted va a ser profesor”.

De repente Sloane parecía muy distante y los muros del despacho se alejaron. Stoner se sentía suspendido en el aire y oyó su preguntar: “¿Está seguro?”.

“Estoy seguro”, dijo Sloane suavemente.

“¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede estar seguro?”.

“Es amor, señor Stoner”, dijo Sloane jovial. “Usted está enamorado. Así de sencillo” (WILLIAMS, 2016, p. 23-24).

El motivo de la amabilidad, del ser amable, en fin, el motivo del amor: amar lo que se estudia; amar el estudio, su atmósfera; amar los objetos reunidos para el estudio; amar los libros como objetos que portarán posibles sentidos; amar todo lo que se hará con ello de forma pública, entre otros, con otros. Pero: ¿de qué está enamorado exactamente Stoner?: de los libros, de ciertos libros, de la literatura, de cierta literatura. Pero, además, Stoner será profesor porque ama la materia literaria que compone el mundo y que podrá transmitir a otros bajo determinadas condiciones: para que otros estudiantes puedan seguir o no las recomendaciones de lectura, puedan o no establecer un vínculo personal con ellas y tal vez tengan la oportunidad de apreciar la relación de amor que un profesor tiene con aquello que estudia y que desea enseñar; un amor comprendido como pasión pero también como tarea, como ejercicio.

¿Es suficiente el amor, la amabilidad, como para ser profesor y enseñar la lectura? Estar enamorado y ser amable sería un punto de partida pero hay algo más que se torna necesario: ¿cómo hacer para mostrar ya no el objeto sino el asunto del que trata la enseñanza? O bien: ¿no sería profesor quien justamente trabaja en la re-elaboración de su experiencia anterior y personal como lector en los términos de una relación privada que se hace pública para ser contada a los estudiantes?

A la amabilidad, pues, se añade ahora otro ejercicio distinto aunque complementario en la tarea de invitar a la lectura: la anterioridad no es sólo lo que se hace o está antes, ni guarda vínculo alguno con una propiedad moral, ni se trata del mundo anterior en un estado de naturaleza o de archivo o de descripción neutral, sino que es la peculiar re-elaboración que se ejerce sobre el mundo teniendo en mente a las nuevas generaciones que, quizá, aún no han pasado por una experiencia semejante y que, tal vez, por sí mismos, espontánea o individualmente, podrían no hacerlo.

La anterioridad sería entonces la transformación de una falsa idea de autoridad, entendida como una posición de altura, de jerarquía y de privilegio, en una alteridad determinada por una disposición y una exposición del todo particulares: disposición para hacerse presente y mostrar el sentido de una enseñanza, y exposición —generosa, de gratuidad— de la propia experiencia, que se retira del universo de lo privado y pasa a formar parte del aprendizaje de lo común.

2 LA INVITACIÓN A LA LECTURA Y LOS LECTORES DEL POR-VENIR

¿Es necesario insistir en que sería deseable que haya lectores – “que tengan carácter de vacas, que sean capaces de rumiar, de estar tranquilos”, como escribió Nietzsche (2000, p. 26). -y no de consumidores de lectura; que es bien cierto que se puede vivir sin leer, sí, pero que también puede uno desvivirse leyendo, que la lectura no se reemplaza –que no tiene reemplazo equivalente- con nada ni con nadie?

La invitación a la lectura se fue burocratizando en términos de obligación y, también, de falsa promesa. A cambio de lectores se han buscado decodificadores, capaces solamente de una rápida interpretación utilitaria y mostrándose apenas un apego inmediato entre la lectura y el examen, o la lectura y la evaluación, o la exigencia de rendimiento y la aprobación. En mucho también influyeron las bárbaras industrias culturales, acotando lo literario a pequeñas colecciones subordinadas al consumo de las lecturas no-literarias, de géneros televisivos, culinarios, periodísticos, de auto-ayuda, etcétera. Por todo ello la pregunta por el lector que vendrá no es ingenua sino necesaria y en parte incómoda además de estremecedora.

El lector del que espero algo debe tener tres cualidades: debe ser tranquilo y leer sin prisa, no debe hacer intervenir constantemente su persona y su ‘cultura’, y, por último, no tiene derecho a esperar —casi como resultado— proyectos [...] Este libro va dirigido a lectores tranquilos, a hombres que todavía no se dejen arrastrar por la prisa vertiginosa de nuestra época, y que todavía no experimenten un placer idólatra al verse machacados por sus ruedas...o sea, ¡a pocos hombres! [...] Estos hombres ‘todavía tienen tiempo’ [...] Un hombre así no ha olvidado todavía pensar cuando lee, conoce todavía el secreto de leer entre líneas; más aún, tiene una naturaleza tan pródiga, que sigue reflexionando sobre lo que ha leído (NIETZSCHE, 2000, p. 27-29).

Esta es la respuesta que ofrece Nietzsche en su obra “Sobre el porvenir de nuestras escuelas”, un fragmento que inquieta por su desesperante ambición y su poca actualidad: el deseo de leer con tranquilidad, en la detención, sin apuros ni urgencias o, dicho de otro modo, la lectura como pausa; además, el poder quitarse de ese “yo” que ya sabe aquello que lee y que busca leer solo acerca de lo que ya sabe; por último, evitar la búsqueda de una ley como concepto moral.

La figura del lector se ha investido de una cierta arrogancia o soberbia: se trataría de aquel lector que conoce de antemano lo que leerá, quien no se deja ni quiere sorprenderse, que desea seguir siendo idéntico a sí mismo antes y después de leer, quien pareciera haber ya leído todo lo que se escribe. Como bien sugiere Blanchot (2005, p. 57): “Lo que más amenaza la lectura: la realidad del lector, su personalidad, su inmodestia, su manera encarnizada de querer seguir siendo él mismo frente a lo que lee, de querer ser un hombre que sabe leer en general”.

Las dos omnipotencias de la lectura, entonces: la de ir estrictamente al punto y la de leer y a sabiendo lo que se leerá, confinan la lectura a una práctica desteñida, una lectura sin lectura: la pérdida de la aventura, del temblor, del peligro; en síntesis: el abandono de la experiencia del leer como perturbación, como alteridad. En el “Libro del desasosiego” Pessoa confiesa su incapacidad manifiesta de leer, una incapacidad no ya sobre el interés por un texto en particular sino de su posible mejora, de su precariedad por reconstruir, de una crítica posada sobre los ojos previos del lector: “No puedo leer, porque mi crítica híper /encendida/ no entrevé más que defectos, imperfecciones, posibilidades de mejor” (PESSOA, 1997, p. 173).

¿Cómo hacer, en medio de la urgencia de esta época para resaltar la tranquilidad delante y durante la lectura? ¿Cómo hacer, entonces, para olvidar el yo en un mundo en que el individualismo se ha vuelto la única posición de enunciación aceptada? ¿Y cómo hacer, finalmente, para leer sin buscar reglas o leyes universales, sin pretender encontrar la verdad mayúscula o el concepto autoritario?

Desde una perspectiva formativa no se puede hacer otra cosa que invitar a la lectura y a su conversación: dar la lectura, mostrar la lectura, y conversar sobre la lectura. Todo intento de hacer leer a la fuerza acaba por quitarle fuerzas al que lee, todo intento de obligar a la lectura obliga al lector a pensar en todo aquello que quisiera hacer dejando de lado, inmediatamente, la lectura. Por ello al lector hay que dejarlo leer en paz, creando una atmósfera de soledad y conversación al mismo tiempo, como lo sugiere el título de un apartado de Jorge Larrosa en su libro *La experiencia de la lectura*: “Para que nos dejen en paz cuando se trata de leer” (2005, p. 13).

Dejar en paz: frente a la aceleración impiadosa del tiempo, delante de un tiempo que solo habla de consumo y consume, leer puede crear una atmósfera de rebeldía, un tiempo y una velocidad distinta donde el instante ejerce su precioso aunque frágil reinado. Y es también una cierta noción de educación y de escuela: una paz que se parece a una pausa, una pausa que se asemeja a un paréntesis, un paréntesis similar a la respiración, una respiración como una bocanada de tiempo libre, un tiempo libre sin ninguna utilidad, una inutilidad digna de celebración.

3 LA INUTILIDAD DE LA LECTURA

Ahora bien: ¿qué es lo que se sabe al leer? ¿Se sabe algo que pueda considerarse de utilidad, de provecho, con una finalidad precisa, para obtener una respuesta o provocar una acción específica? ¿Y, en todo caso, aquello que se cree conocer a través de la lectura puede llamarse, entonces, saber? Los argumentos a este respecto suelen ser esquivos o desconcertantes; y en todo caso habría que hacer mención a una suerte de saber inalcanzable o inoperante por otros recursos o artefactos, y que quizá comparta con otras formas del arte tanto su potencia como su impotencia, en fin, su fragilidad constitutiva.

Aquello que en apariencia resulta distante en los aconteceres y devenires que se leen —tanto en su pasado como en su futuro, tanto en el espacio cercano como radicalmente lejano— se hace presente no solo por la fuerza de una imagen o la duración de una descripción, sino sobre todo por la fuerza de un lenguaje que, producido en un tiempo determinado se desarraiga en el instante de la lectura; también, por la impresión de una intimidad a todas luces inicialmente ajena y poco a poco quizá próxima; incluso por la incertidumbre de una historia que se desconoce completamente; y, además, por la recreación de un tiempo que vuelve corpórea la atención y la implicancia del lector.

De todas formas la pregunta del porqué de la lectura parece hoy obsoleta o algo pueril o quizá desacertada en estos tiempos en que predomina la fórmula del **para qué** —ese modismo del lenguaje que solo expresa su más fiel servidumbre al provecho, a la finalidad—, en la cual incluso los recién llegados al mundo parecen haber ingresado y sucumbido. Esta cuestión —la razón de la lectura, la racionalidad lectora— ya no alude al conmovedor temblor de indagar entre las entrelineas, o a la incertidumbre que se instala en cada palabra, o porque valga la pena interrogar por el aliento y desaliento del leer, o en virtud del prestar atención al mundo y sentir curiosidad por él, sino más bien por su consabida inutilidad en un mundo que solo se precia y se jacta de las puras utilidades o del nefasto utilitarismo.

El problema no se resuelve en el encontrar el rastro de una racionalidad lectora o de la literatura, previa e inalterable a los tiempos, sino más bien en interrogarse por sus efectos a la vez singulares y plurales; el hecho que cada vez que se lee es como si fuera la primera vez y de esa experiencia -habitada por los riesgos del desconocimiento- buscar el nacimiento de un acontecimiento tal vez revelador: que cada texto, cada libro, cada obra provoca una particular definición de la lectura y la literatura, inhibe la ley o el concepto precedente, teje una suerte de asombro único e irrepetible y desata ese nudo torpe que asfixia la vida cuando se la reduce solamente al ser o al tener, solamente, un único comienzo, el mismo desarrollo y un fatídico final.

Quizá el acto y la potencia del leer no tengan tanto que ver con una forma de ser -o con una supuesta identidad lectora- y sería mejor decir que se trataría de una forma de estar y de hacer; ser o no ser lector, ésa no es la cuestión, sino más bien un estar-siendo en la lectura, el estar leyendo: una forma de preservar la vida de otros, darles hospitalidad, multiplicar el tiempo y el espacio, quitarse de la vida convencional —nuestra vida convencional, como escribió Antoine Compagnon (2013)-, y advertir cuánto y cómo la alteridad, lo desconocido, lo ignorado, lo desechado, lo abandonado, revuelven y renuevan nuestra limitada vida individual.

Pero aún resta intentar aclarar lo más sustantivo: la lectura debería formar parte de la utilidad de lo inútil o, para decirlo de otro modo, debería eludir toda promesa de beneficios personales, de acumulación progresiva de conocimiento en tanto mercancía o lucro o provecho: la lectura, así expuesta, no **sirve** ni debería servir para nada (Skliar, 2019). Ni utilidad, ni provecho, entonces: leer no es obtener ni poseer algún valor material; no es un medio a la espera de una finalidad o un usufructo. Leer, leer literatura, leer ficción es, en este sentido un gesto de contra—época o, directamente, fuera de época: perder un tiempo que no se posee, estar a la deriva, transitar por un sendero estrecho lleno de encrucijadas, deambular entre metáforas y desnudar o hacer evidente la imagen irritante —por rebelde, por desobediente— de un cuerpo que no está haciendo nada, nada productivo, delante de la mirada ansiosa y vertiginosa de un tiempo acelerado.

Se encuentra aquí, pues, la rara virtud de la lectura: su inutilidad. **Inutilidad** en el sentido elogioso y celebratorio de la expresión al interior de una época que reclama su opuesto, esto es, la ocupación fatigosa, el esfuerzo hacia la felicidad tensa y banal, el ganar tiempo —o al menos no perderlo—, el aprovechar incluso el tiempo libre —lo que resultaría el más falaz de los contrasentidos—. Inutilidad de la lectura, de lo literario, de la ficción, como bien escribe Nuccio Ordine:

La literatura [...] puede por el contrario asumir una función fundamental, importantísima: precisamente el hecho de ser inmune a toda aspiración al beneficio podría constituir, por sí mismo, una forma de resistencia a los egoísmos del presente, un antídoto contra la barbarie de lo útil que ha llegado incluso a corromper nuestras relaciones sociales y nuestros afectos más íntimos. Su existencia misma, en efecto, llama la atención la *gratuidad* y el *desinterés*, valores que hoy se consideran contracorriente y pasados de moda (ORDINE, 2013, p. 28-19).

Es inútil la lectura, como recién se ha comentado. Pero el relámpago que a veces produce está presente, también el estallido de sentidos y la constelación de significados, y cada lector puede percibir si lo que ha sido del mundo y de la vida hasta aquí pueda imaginarse y construirse como aquello que tal vez sería o podría llegar a serlo de otro modo completamente diferente: “No es que lo pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen [o, lo que es lo mismo, lectura] es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación” (BENJAMIN, 2005, p. 484).

4 EL FINAL DE LA LECTURA Y DE LOS LIBROS

Luciano Canfora traza una posible historia del libro a partir de la curiosa relación entre la prohibición y la libertad. Los libros, de hecho, han sido quemados infinitas veces y otras tantas se han reconstruido desde sus cenizas. Lectura y poder se han visto inúmeras veces entrelazadas en un vínculo aberrante, señalando los conjuros y los peligros que acechan detrás de cada pliegue, en la secuencia de las palabras que aún quedan por leerse. El fuego no solo ha quemado los libros, sino también a quienes escribieron o leyeron ciertos textos abrumadores para la falsa conciencia de los cobardes y poderosos.

¿Qué peligro recorre la mente de aquellos cuya respuesta ha sido la destrucción? ¿Qué poder se les atribuye a los libros como para hacerlos desaparecer? Aquí lo arcaico se vuelve puro presente al pensar en aquellas palabras de Calibán en *La Tempestad*, cuando propone a Esteban que acabe con Próspero, aquel humanista experto en magias y libros, y que cita Canfora (2017, p. 76): «Acuérdate lo primero de apoderarte de sus libros, pues sin ellos no es más que un tonto como yo».

Pero el final del libro no parece ser nunca su desaparición, su extinción: «El mal del libro es incurable, pero nunca lo mata. Es al mismo tiempo su virus y su vacuna», afirma Melot (2007, p. 14). Por lo que sabemos el libro ha sido capaz de sobrevivir a sus propias transformaciones, a las prohibiciones, las hogueras, al registro de los sonidos, a la televisión, a Internet, a las redes sociales e incluso a su pariente más cercano: el libro electrónico.

Las profecías sobre la desaparición del libro —por ejemplo: el cine acabaría con el papel según Orwell, la televisión ocuparía todo el espectro del tiempo libre de acuerdo con McLuhan, el libro es un objeto demasiado frágil siguiendo a Steiner— parecen ser todavía hoy exageradas:

Si observamos el devenir de los medios de comunicación, ni la radio acabó con el periódico, ni la televisión con la radio. Todos ellos siguieron coexistiendo, sin que existiera ninguna dicotomía entre sí, ya que no son medios opuestos sino complementarios. Lo único que ocurrió es que las formas de oferta se multiplicaron. Porque lo humano no tiende a lo uniforme: aspira a lo diverso y siempre demanda pluralismo (SIRUELA, 2013, p. 22).

Pero: ¿qué pregunta es ésta sobre el final del libro y de la lectura? ¿Una pregunta que parece ser, en verdad, el preaviso de lo que se está abandonando o ya se ha abandonado irremediablemente? ¿Una pregunta cultural, literaria, pedagógica, industrial, comercial, filosófica?: «Pese a las apariencias esta muerte del libro solo anuncia, sin duda (y de una cierta manera desde siempre), una muerte del habla (de un habla que pretendidamente se dice plena) y una nueva mutación en la historia de la escritura, en la historia como escritura», afirma Jacques Derrida (2003, p. 27).

La cuestión no deja de ser confusa: si se tratara de una pregunta comercial habrá que responder que jamás los grandes monopolios editoriales han vendido tanto como ahora; si se tratara de una pregunta acerca del formato, quienes leen aún están en duda sobre si es posible o no reemplazar el objeto físico por otros medios semejantes; si se tratara, en cambio, de una pregunta acerca de esa gestualidad del leer que se ha mantenido más o menos indemne desde los tiempos de Gutenberg, habrá la necesidad de decir algo al respecto todavía.

Leer, nunca se ha leído tanto. Lectores, jamás ha habido tantos, y de cualquier cosa legible. Es difícil imaginar una existencia humana que no haya posado su mirada sobre algún texto; es casi imposible que alguien no lea algo, más aún después de la diseminación de las campañas mundiales, regionales, nacionales y locales de alfabetización y de lectura.

Pero no es sobre esta lectura ni de este lector que la pregunta por el fin del libro toma lugar. Porque es cierto que se pueden leer los horóscopos, los periódicos, los libros de autoayuda, las biografías no autorizadas, los avatares personalistas de la política, los best-seller, las historias de vida de los personajes de la farándula, los mensajes individuales o grupales en los teléfonos celulares, los epígrafes de las fotografías en las redes sociales, etcétera. Y también es cierto que todo ello es leer, aunque no es tan claro que todo ello sea, por cierto, lectura.

En todo caso, lo que permanece es la pregunta por el lector que hace una experiencia de lectura, el *amigo de los libros* que busca a otros amigos para conversar sobre lo leído o por leer, y no por quien lee como un modo de desciframiento de todas las señales que aparecen a su frente. Entonces: ¿cuál podría ser la diferencia entre los lectores que reaccionan a lo escrito y los que hacen experiencia de lectura y, en todo caso, para qué sirve esta distinción en los tiempos que corren? Por un lado existen hoy más lectores de un cierto tipo de material exterior a lo literario, que buscan en la lectura no tanto la inutilidad, la soledad, el silencio y

la conversación, el reposo o el deseo inaugural por lo desconocido, sino una respuesta directa a una cierta pregunta sobre la actualidad —una cierta idea de actualidad— y sobre la coyuntura —un determinado concepto de coyuntura—.

Aquí es donde cambian y se bifurcan los sentidos actuales sobre los libros, el lector, la lectura y su conversación: ¿conservar ese sentido apenas para lo literario o entender su estallido a través de la hegemonía masiva de la información y la opinión?: «El valor del libro reside en ofrecerse como un abono para una experiencia más amplia: como segmento de una secuencia que empezó en otro lugar y que, a lo mejor, terminará en otra parte», escribe Baricco (2008: 82-83).

Lo cierto es que toda novedad o mutación trae aparejada una o varias nostalgias de lo que se cree ha sido sobrepasado o está pronto a sucumbir ante la prepotencia de lo que llega a pasos agigantados. Por ejemplo: la espectacular comodidad y rapidez del e-mail dejó un tendal de nostálgicos por las cartas escritas a mano; las masivas redes sociales no dejan de hacernos sentir más solitarios que en tiempos sin redes sociales, y la comunicación por celular no anula el recuerdo por las largas conversaciones hechas a través de los aparatos telefónicos.

En fin: quizá hoy el leer sea una fuente utilitaria de informaciones donde el deseo o la experiencia de la lectura no cumpla ningún papel esencial. O todo lo contrario: la lectura seguirá siendo esa experiencia a la vez singular y comunitaria, en voz baja y en voz alta, en silencio y a viva voz, que seguirá confesando secretos que de otro modo jamás llegarían a nuestros oídos, a nuestro mundo, a nuestra vida. Aquí vale la pena recordar al magnífico bibliófilo Charles Nodier que en 1846 escribió: «Es importante entender bien la figura del amigo de los libros, pues todo indica que pronto se extinguirá» (2015, p. 50).

5 EL DEBATE ENTRE LO COTIDIANO Y LO TRASCENDENTE EN LA LECTURA

La controversia sobre el qué leer deriva de la ambigüedad que surge de la oposición entre una literatura de lo cotidiano y aquella que la trasciende. Por un lado las historias de los personajes comunes para lectores corrientes, que no exceden el vínculo con lo posible o lo esperable, territorios más o menos reconocibles, tiempos imaginables, un lenguaje casi de época y el sobrevuelo permanente de una sensación de parentesco entre quien lee y su lectura, la adivinación o filiación con determinados personajes que resulten actuales, etcétera; por otro lado, el desapego de este tiempo, la huida, la búsqueda desesperada de la existencia de algo más allá que aquello que ya está disponible alrededor.

En una amistosa polémica con Todorov, Adam Zagajewski lleva la discusión un poco más lejos: se trata, de hecho, del lugar que le cabe a la noción de lo sublime. Para Zagajewski (2005, p. 36) habría una debilidad consistente en: “la atrofia del estilo elevado y el predominio apabullante del estilo bajo, coloquial, tibio e irónico”. Y se revelaría así una desproporción de expresión entre la potencia de la espiritualidad y un incesante parloteo que solo contentaría a propios pero no a extraños.

¿Búsqueda de la simplicidad o imposibilidad de renunciar a la complejidad? ¿Apego a la comprensión de lo inmediato o desapego absoluto para permanecer entre los misterios más remotos e incomprensibles?:

El inconveniente de la gran simplicidad con la que sueñan quienes buscan la verdad y no solo la belleza radica en que sus poderes curativos resultan del contraste con formas complejas, barrocas y, por ende, no pueden durar mucho tiempo, ya que lo decisivo es el momento mismo del cambio, o sea, el contraste (ZAGAJEWSKI, 2005, p. 39).

Zagajewski remite a la lectura del Elogio de lo cotidiano de Todorov (2013) como modo de mostrar esa contradicción. En ese texto Todorov describe la pintura holandesa del siglo XVII como aquella que provoca un viraje sustancial en las formas de representar un mundo - hasta allí teñido de imágenes de virtudes santas, heroicas, guerreras- para dar paso a una proverbial simplicidad de la vida, repleta de escenas de bebedores, jugadores, damas reposando, cuadros donde las cebollas y los puerros ocupan la escena principal.

Es como si de pronto desaparecieran los personajes mitológicos y ocuparan su lugar aquellos seres mundanos –y por ello cotidianos–, como si la belleza mudara ahora definitivamente de sitio: ahora ya no está tan arriba, tan lejos, tan distante, y se encuentra en un espacio próximo, en lo mínimo, en lo más banal y terrenal: «Se trata de otorgar a lo cotidiano un estatus ontológico excepcional. Y también de enamorarse de la cotidianidad, de no ignorarla, de saber apreciarla en lugar de recurrir a los sueños, utopías o recuerdos. Vivir en el ahora, situarse en la realidad» (ZAGAJEWSKI, 2005, p. 40).

Pero: ¿a qué precio?, se pregunta Zagajewski, rebelándose contra la reducción de la realidad, contra la instauración de una franja estrecha para la vida humana y para el arte, donde ya no caben ni el héroe ni el santo. Y él responderá que lo sublime no es un rasgo formal ni puede conceptualizarse retóricamente; más bien: “es una chispa que salta del alma del escritor a la del lector. ¿Han cambiado muchas cosas? ¿Acaso no seguimos esperando con avidez aquella chispa?” (Ibídem, p. 41).

6 LA INVITACIÓN LITERARIA DE LA LECTURA

Hay en la literatura un juego de ausencias y de presencias, una ficción capaz de describir tanto cuerpos concretos, situados, cuanto espectros difusos, inhabitables. Ausencias y presencias: la ausencia del escritor y la presencia del lector; ausencia del escritor que ya ha dejado la marca de sus trazos y presencia del lector que comienza con su tarea de recorrerlos, de hacerlos propios, de transformarlos y, entonces, de asumir sus propios rastros de lectura.

La literatura no es simplemente ficción, algo que se opone a aquello que es real y lo simula, lo disfraza, lo evita, sino más bien una provocación creada por la falta de demarcación entre lo que hay y no hay, lo que existe y no existe: un manifiesto a propósito de la ausencia y la presencia del otro, de lo otro. Sin el otro, la escritura está despojada de alteridad. Y despojada de alteridad no hay escritura. La palabra del Uno, no acaba por delinearse hasta que sobreviene la palabra del Otro: «Escribir es un acto que desborda a la obra [...] escribir es dejar que otros cierren por sí mismos la propia palabra de uno, y el escribir no es más que una proposición de la que nunca se sabe la respuesta» (BARTHES, 2003, p. 376).

Por ello vale la pena la pregunta acerca de cómo el lenguaje hace posible una ausencia y cómo hace posible, también, una presencia. Esta es la doble imposibilidad del lenguaje y, a la vez, su doble potencia: la pregunta misma del lenguaje que interrumpe al lenguaje. Acaso: ¿vivimos la experiencia de aquello que leemos? ¿Nuestras vidas se parecen en algo a las lecturas que realizamos? ¿O vida y lectura guardan entre sí una relación, por así decirlo, antojadiza?

Ponerse en el lugar del otro, repiten a mansalva. ¿Pero cómo hacerlo sin leer, sin leer otras vidas, sin darnos cuenta que el mundo está repleto de singularidades que nada tiene que ver con nosotros mismos, que el mundo es un conglomerado de intimidades ajenas, flechas que apuntan hacia otro sitio, en una dirección que ignoramos, bajo una lógica que desconocemos?

Sí, la compasión. Sí, la alteridad. Sí, además, la lectura: «¿Tiene todo que tratar siempre de tu persona? ¿No puedes proyectarte fuera de ti mismo? ¿No puedes ponerte en la piel de otro para tu propio beneficio?», dice el personaje principal de la novela *Canadá* de Richard Ford (2013, p. 480). ¿Ponerse en nuestro lugar o exponerse a lo que otro hace de nosotros? ¿Qué superficie ocupa un lugar que es de otro, cuáles los límites minados, alambrados, dóciles o infaustos, dónde hay alguna advertencia que nos enseñe algo sobre el no sobrepasarnos?

No, no se trata de la individualidad. Ni siquiera de la intimidad. Leer es tocarnos: se toca una puerta para que se abra, se toca un rostro para percibirlo, se toca una mano para sostenerla, se percibe el abismo al retirarnos, se toca lo inalcanzable leyendo. Leer es darnos cuenta que hay más vidas posibles de las que somos capaces de vivir y de pensar. Vidas

relatadas más allá de nuestro relato. Vidas que están al alcance de la mano, es decir, al alcance de la lectura.

Si leer es la puesta en escena de una soledad a veces arropada y otras veces exiliada hacia lo desconocido, releer es la tensión de una doble soledad, indispuesta y confusa, alejada de sí y reencontrada, acaso, sin un resultado previsto. Porque leer comienza en el releer, afirma Meschonic:

Leer recién empieza cuando se relee. Leer por primera vez no es más que la preparación de esto. Porque hace falta, para que haya lectura, que la lectura se deje de ver a ella misma como una lectura, una actividad específica, distinta del objeto que se va a leer, con la que la primera precipitación tiene a confundirlo, sumiéndose en ella (MESCHONIC, 2007, p. 151).

Entre la primera y la segunda lectura, entre la segunda lectura y las siguientes, acontece la diferencia. Una diferencia que da al leer como al significar su emergencia, su aparición, el sentido separado de su objeto. Afirmar la lectura como re-lectura no supone determinar qué es o qué no es el leer, sino más bien el gesto de diferir siempre de sí misma, reuniendo así las varias formas posibles de relación entre lo escrito, lo leído y quienes leen. Como si leer estuviese vinculado, al mismo tiempo, a dos tensiones por descubrir: la de comprender qué pasa con el lector cuando lee y la de reconocer qué le pasa a la lectura cuando es leída.

En el primer caso, se trata de entrar a la lectura para medirse —y para desorientarse y para perder el rumbo— frente a la alteridad imprevisible del mundo, la alteridad sin fin de la historia, la alteridad enigmática de los cuerpos y la alteridad laberíntica del tiempo. El lector pone a prueba su creencia identitaria en la alteridad de la lectura: a cada fragmento, la posibilidad de una pregunta que comienza siendo exterior y se interioriza hasta confundir alteridad con intimidad: ¿de quiénes son, al fin y al cabo, las palabras que decimos, las frases que enunciamos, los sentidos que diseminamos? ¿Aquello que se lee en la escritura es nuestro lenguaje como lo es el lenguaje que creemos nuestro? Leer, entonces, podría ser una experiencia de alteridad, cuyas consecuencias difieren de lectura a lectura, de lector a lector.

En el segundo caso, la lectura tiene que ver con su práctica y su acto, no con un yo que la descifra a partir de su propia identidad: «Ella tiene sus creaciones propias, de sentido, y de sentido de sentido. Sus genios, sus talentos, sus imbéciles. Esas creaciones, entonces, según un ciclo de sentido, vuelven a la escritura» (Meschonic, p. 153).

Mientras que en el comprender o pensar qué le ocurre al lector con la lectura se muestra la potencia de la alteridad —en tanto arroja al lector, solo, en medio de un mundo, sin signos previsibles ni disponibles de antemano—, en el reconocer qué le pasa a la lectura cuando es leída surge la dimensión del sentido que lo hace regresar a la escritura, al sentido

de lo escrito —en tanto es allí mismo donde se revela o permanece mudo— y no en la exterioridad del texto, en el mundo.

¿Qué pasa con uno, con varios, con otros cuando se lee? Desorientación, pérdida de rumbo, el mundo es confusión, toda la historia es una alteridad sin fin, los cuerpos son enigmas y el tiempo es un laberinto. El lector se defiende y pone a prueba lo que lee con lo que cree que es, busca la semejanza, la suavidad rugosa de la identidad. Pero a poco que intenta la preeminencia suya por sobre el mundo, toda lectura se vuelve una pregunta que confunde la identidad con su intimidad.

Sí, la lectura es dificultad porque se trata de **alteridad** y no de **identidad**: no tiene que ver con nuestra vida particular, aunque en algo resuene a ella; las palabras no son las nuestras, aunque en algo se siente al pronunciarlas parecido; y porque se es y no se es como esos seres singulares, sublevados y despiertos, derrotados y enfáticos, que alguna vez han deseado cambiar el mundo mientras el mundo seguía su marcha de indiferencia y cambiaba sin ellos.

Así lo expresa Pennac cuando en vez de utilizar la palabra **deseo** escribe la palabra **derecho**, el derecho a releer todo aquello que nos ahuyenta al comienzo, releer desde otra perspectiva, releer por el placer de hacerlo, gratuitamente, queriendo más y aún más: «Más, más», decía el niño que fuimos... Nuestras relecturas de adultos participan de ese deseo: «encantarnos con lo que permanece, y encontrarlo en cada ocasión tan rico en nuevos deslumbramientos» (PENNAC, 2017, p. 155).

REFERENCIAS

BARICCO, Alessandro. **Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación**. Barcelona: Anagrama, 2008.

BARTHES, Roland. **El placer del texto y lección inaugural**. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003.

BENJAMIN, Walter. **Libro de los pasajes**. Madrid: Akal, 2005.

BLANCHOT, Maurice. El espacio literario, citado por Jorge Larrosa en: **Entre las lenguas**. Lenguaje y educación después de Babel. Barcelona: Editorial Laertes, 2005.

CANFORA, Luciano. **Libro y libertad**. Madrid: Ediciones Siruela, 2017.

CARVER, Raymond. Menudo. En: **Tres rosas amarillas**. Barcelona: Anagrama, Ediciones Compactos, 1997.

COMPAGNON, Antoine. **¿Para qué sirve la literatura?** Barcelona: Acantilado, 2013.

DERRIDA, Jacques. El fin del libro y el comienzo de la escritura. En: **De la gramatología**. México: Siglo XXI Editores, 2003.

- FORD, Richard. **Canadá**. Barcelona: Anagrama, 2013.
- HANDKE, Peter. **Ensayo sobre un día logrado**. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- LARROSA, Jorge. **Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel**. Barcelona: Editorial Laertes, 2005.
- MELOT, Michel. **¿Y cómo va “la muerte del libro”?** Istor: Revista de Historia Internacional, 2007, núm. 31, pp. 7-26.
- NIETZSCHE, Friedrich. **Sobre el porvenir de nuestras escuelas**. Barcelona: Maxi Tusquets, 2000.
- MESCHONIC, Henri. **La poética como crítica del sentido**. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo Editores, 2007.
- NODIER, Charles. **El amante de los libros**. Madrid: Trama Editorial, 2015.
- ORDINE, Nuccio. **La utilidad de lo inútil. Manifiesto**. Barcelona: Acantilado, 2013.
- PENNAC, Daniel. **Como una novela**. Barcelona: Anagrama, 2017.
- PESSOA, Fernando. **Libro del desasosiego**. Barcelona: Seix Barral, 1997.
- SIRUELA, Jacobo. **El sueño electrónico**. Revista Turia, 2013, num. 108, pp. 20-24.
- SKLIAR, Carlos. **La inútil lectura**. Madrid: Mármara Ediciones, 2019.
- TODOROV, Tzvetan. **Elogio de lo cotidiano**. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013.
- WILLIAMS, John. **Stoner**. Tenerife: Ediciones Baile del Sol, 2016.
- ZAGAJEWSKI, Adam. **En defensa del fervor**. Barcelona: Acantilado, 2005.

Revisão gramatical realizada por: Jeferson Rocha
E-mail: jefersonmrocha@gmail.com